

ADOLF EICHMANN

BETTINA STANGNETH

ADOLF EICHMANN

Historia de un asesino de masas

Traducido por Silvia Villegas



Stangneth, Bettina
Adolf Eichmann: historia de un asesino de masas.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa,
2014.
648 p.; 22x15 cm.

Traducido por: Silvia Villegas
ISBN 978-987-628-288-8

1. Historia del Nazismo. I. Villegas, Silvia, trad. II.
Título
CDD 940.531

Título original: *Eichmann vor Jerusalem by Bettina Stangneth*

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: febrero de 2014

© 2011 by Arche Literatur Verlag AG, Zürich – Hamburg – www.arche-verlag.com

© de la traducción Silvia Villegas, 2014

© Edhasa, 2014

“Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agency, S.L.,
Barcelona – www.uklitag.com”

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-288-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Arcángel Maggio-División Libros

Impreso en Argentina

Índice

Introducción	9
“Mi nombre se convirtió en un símbolo”	23
1. Camino hacia la vida pública.....	27
2. El nombre en la posguerra.....	103
3. Anonimato indeseado.....	123
Interludio.....	157
Pistas falsas en el Cercano Oriente.....	159
Eichmann en la Argentina	169
1. Vivir en la “Tierra Prometida”	171
2. El frente interno	203
3. Favores de amigo	233
Las entrevistas Sassen	283
1. Eichmann escritor	295
2. Diálogos con Eichmann	347

Seguridad engañosa	447
Cambio de roles	515
Eichmann en Jerusalén	517
Epílogo	525
Excursus: Los expedientes del Servicio Federal de Inteligencia o: la cuarta carrera de Eichmann	585
Apéndice	599
Abreviaturas	601
Fuentes y literatura	603
Bibliografía.....	615
Índice de personas	631
Agradecimientos.....	641

Introducción

En verdad, no tengo las cosas nada claras.

Hannah Arendt¹

No es posible hablar del exterminio sistemático de millones de hombres, mujeres y niños sin nombrarlo. Sin embargo, no se sabe con certeza su nombre de pila. ¿Se llamaba Karl Adolf? ¿O era Otto? Son las preguntas más sencillas las que nos sorprenden cuando creemos saber desde hace mucho tiempo quién es una determinada persona. ¿Acaso quedan todavía grandes lagunas en lo que se sabe sobre un hombre que desde hace años figura entre los temas de primer orden tanto en la investigación como en los medios? Lo escrito sobre Adolf Eichmann supera ampliamente el volumen de literatura sobre nombres como los de Heinrich Himmler o Reinhard Heydrich. ¿Para qué otro libro más? Es una pregunta muy sencilla: ¿Quién —me pregunto— conocía a Adolf Eichmann antes de la famosa acción del Mossad que lo secuestró en la Argentina y lo llevó ante la justicia en Israel?

La respuesta de Eichmann en Israel resulta lógica: “Hasta 1946 fui prácticamente un desconocido, hasta que el mencionado Dr. Hoettl [...] me tildara de asesino de cinco o seis millones de judíos”.² A nadie sorprenderá que un acusado se exprese en estos términos; mucho menos este. Finalmente, Eichmann alcanzó la fama con la frase que afirmaba que solo había sido “una pequeña rueda en el engranaje de la maquinaria de exterminio de Adolf Hitler”. Lo sorprendente es que la literatura de investigación sobre Eichmann siga repitiéndola hasta hoy sin cuestionarla. A pesar de las grandes controversias sobre el asesino de masas, todos están de acuerdo en que, antes del proceso de Jerusalén, el nombre “Eichmann” no era conocido fuera de un círculo reducido de personas.³

La sospecha de que había algo incorrecto, tanto en la historia de Eichmann como en la investigación correspondiente, surgió a partir de la lectura de diarios de la época. El 23 de mayo de 1960, David Ben Gurion, primer ministro israelí, sorprendió al mundo con la noticia de que Adolf Eichmann había sido apresado y anunció que sería llevado a juicio. La reacción no fue una serie de interrogantes, sino extensos artículos colmados de detalles sobre un hombre de quien supuestamente se sabía muy poco. Luego, el examen de periódicos anteriores no dejó lugar a dudas. Mucho antes de que comenzara el proceso, el presunto desconocido había recibido más sobrenombres que la mayoría de los nazis: Calígula, zar de los judíos, administrador del genocidio, Gran Inquisidor, especialista en exterminio de judíos, artífice de la solución final, burócrata y asesino de masas. Todas estas etiquetas ya le habían sido aplicadas abiertamente a Eichmann entre 1939 y 1960: aparecían en diarios, folletos y libros, que ahora había que releer para averiguar qué se sabía, qué se pensaba sobre Eichmann. En estos años hay solo un grupo que afirma lo contrario con la misma unanimidad. Son los antiguos colegas y los nazis de posguerra, que quieren a toda costa restarle importancia a lo que saben. Pero si tanto se sabía sobre Eichmann, hay otras preguntas que surgen de inmediato: ¿Por qué fue que en algún momento se perdió esta información? ¿Cómo pudo desaparecer luego sin que nadie lo notara? La respuesta a estos interrogantes lleva directamente al centro del problema de ese crimen sin parangón contra la humanidad, que recibe el nombre de Holocausto, Shoah o exterminio de los judíos.

Nos resulta fácil imaginar a los criminales como seres oscuros, que llevan a cabo sus actos en el mayor secreto porque le temen al juicio de la opinión pública; con la misma facilidad imaginamos que la opinión pública es consecuente a la hora de proscribir a los criminales desenmascarados y hacerlos responder por sus actos. Los primeros intentos de reflexionar sobre la privación de derechos, expulsión y asesinato de los judíos europeos todavía estaban orientados en su totalidad a este cliché del personaje sombrío que comete sus excesos a espaldas de la comunidad. Sin embargo, la investigación ya ha desvirtuado hace mucho tiempo esta concepción de los responsables como un pequeño grupo de personajes extraños, con rasgos patológicos y antisociales, en el seno de un pueblo honesto que se habría situado colectivamente en la resistencia si hubiera sabido algo de lo que

sucedía. Hoy sabemos mucho más sobre la función de la concepción nacionalsocialista del mundo, la dinámica de la conducta colectiva y las consecuencias de los sistemas totalitarios. Hemos comprendido que una atmósfera de violencia también puede ejercer su influencia sobre individuos que no tienen una inclinación excesiva hacia el sadismo y hemos explorado el efecto devastador que puede tener la división del trabajo sobre el sentimiento de responsabilidad de los seres humanos. Pero si preguntamos dónde y con qué grado de precisión debemos catalogar a un criminal como Adolf Eichmann, predomina, ahora como antes, un enorme disenso. Según quien opine, se lo presenta como un ser totalmente normal, a quien el totalitarismo convirtió en un asesino sin conciencia; como un antisemita radical cuyo propósito era el exterminio de los judíos o como un enfermo mental, que encontró en el régimen el pretexto para ejercer su sadismo. Existen, por lo tanto, innumerables imágenes de Eichmann, irreconciliables entre sí, que en la polémica en torno al *Informe sobre la banalidad del mal* de Hannah Arendt se radicalizaron aun más. No obstante, hay una perspectiva que en su mayor parte permanece inexplorada: la esfera pública. Falta una mirada al “fenómeno Eichmann” antes de Jerusalén y, en consecuencia, a la imagen de Eichmann en las diferentes etapas de su vida.

Jean-Jacques Rousseau formuló la idea de que una usurpación y la consiguiente injusticia siempre involucran a dos partes: al que proclama el derecho y a todos los que han creído en su legitimidad.⁴ Quien se interese por el impacto público de Adolf Eichmann puede aprender mucho sobre los graves peligros que entraña esta peculiar interacción, en especial, cuando alguien la ha estudiado tan a fondo como el tristemente célebre “asesor de asuntos judíos”.

Este libro, por lo tanto, no relata la historia de Eichmann como una cronología de sus crímenes ni como una historia de la evolución de sus actos, sino que reconstruye el impacto de la persona: ¿Cuándo supo quién sobre Eichmann, cuándo se opinó algo sobre él, y cómo reaccionó él ante lo que se sabía y se pensaba sobre su persona? ¿En qué medida la apariencia de Eichmann era una imagen diseñada por él mismo y qué importancia tuvieron sus juegos de roles para su carrera criminal y para nuestra imagen de la historia?

La posibilidad de reconstruir hoy esta perspectiva se debe al excepcional corpus de fuentes disponibles: existen más documentos, testimonios

personales, relatos de testigos de la época referidos a Eichmann que a todos los demás líderes nacionalsocialistas. Ni siquiera Hitler o Goebbels produjeron más material. Esto no se debe solamente al hecho de que Eichmann haya sobrevivido diecisiete años después de finalizada la guerra, como tampoco al impresionante trabajo de recopilación de las autoridades policiales israelíes durante el proceso, sino sobre todo a su pasión por hablar y escribir. Eichmann concibió una nueva versión de sí mismo en cada etapa de su vida, según el público y los fines que motivaban sus acciones. Ya fuera como subordinado, como superior, perpetrador, fugitivo, exiliado o acusado, Eichmann observaba —en todo momento y con total atención— el efecto que causaba, e intentaba sacar el mayor provecho posible de la constelación correspondiente. Es una manera de actuar metódica, como revela la comparación entre las diversas concepciones.

Sin embargo, solo el impacto de Eichmann en Jerusalén ha llegado a conocerse y describirse efectivamente. No debe subestimarse el propósito de tal estrategia: Eichmann quería seguir con vida y justificarse. Quien desee conocer la relación entre esta versión de Eichmann en Jerusalén diseñada por él mismo y el perpetrador y sus sangrientos logros debe recurrir necesariamente al Eichmann previo a Jerusalén y atreverse también a ir más allá de las interpretaciones basadas con exclusividad en la imagen posterior.

Si nos guiamos por los relatos de Eichmann en Israel, su auténtica vida, la que siempre había añorado, no comenzó hasta 1945, cuando la ilusión de un reino del milenio ya estaba en ruinas. El “asesor de asuntos judíos” se habría convertido entonces en un inofensivo criador de conejos —lo que había sido siempre en el fondo de su alma—, ya que el mal residía solo en el régimen, especialmente en todos los demás integrantes, y su carrera bajo las órdenes de Hitler no habría sido más que un episodio único. Eichmann era consciente, sin embargo, de que muchos podrían tener otra visión de las cosas. Como medida preventiva, se deshizo del nombre Adolf Eichmann e hizo que todos, incluso su mujer, lo llamaran por su primer nombre, Otto, el que había recibido de su abuelo.⁵ Cuando los demás se rindieron, desapareció como “Adolf Karl Barth” en las huestes de los prisioneros de guerra; fue interrogado bajo el nombre de “Otto Eckmann” antes de lograr huir y, como “Otto Heninger”, se dedicó, junto con otros hombres que también habían adoptado nombres nuevos, a hachar madera

en el brezal de Luneburgo; luego fue criador de gallinas y por las tardes deleitaba a la población, en particular a la femenina, ejecutando melodías al violín. La vida de Otto Heninger, que ya se asemeja a la del criador de conejos argentino, tenía solo dos desventajas decisivas: no tenía acceso a su familia y era buscado como “criminal de guerra”.

En los cinco años que permanecí oculto como un “topo”, se había hecho parte de mi naturaleza, cada vez que me enfrentaba a una cara nueva, plantearme determinadas preguntas, por ejemplo: ¿Conoces este rostro? ¿Te da la impresión de que esta persona te ha visto alguna vez? ¿Te parece que intenta recordar algún encuentro entre ustedes? Y durante estos años, nunca me abandonó el temor de que pudiera haber alguien detrás de mí que de improviso gritara “¡Eichmann!”.⁶

La esperanza de Eichmann de que, con el tiempo, el césped crecería sobre los asesinatos de masas del nacionalsocialismo, como crece sobre todas las tumbas, no llegó a hacerse realidad. Por último, no encontró otra salida más que la fuga y en 1950 desapareció también Otto Heninger. En su lugar, Ricardo Klement partió desde el puerto de Génova; en la Argentina obtuvo una nueva identidad con documentos nuevos auténticos y dio comienzo a la vida que siempre había querido: consiguió trabajo en un proyecto hidroeléctrico y, como guía de un grupo de agrimensores, recorrió toda la provincia de Tucumán, en la región subtropical del norte de Argentina, que con sus montañas y sus valles le recordaba el paisaje de los Alpes; tenía mucho tiempo para hacer extensos paseos a caballo, explorar las montañas, recorrer las amplias extensiones de la pampa e incluso de intentar dos veces el ascenso al Aconcagua, el pico más elevado de América. Dos años después, su mujer y sus tres hijos lo siguieron a la Argentina; a partir de entonces llevaba a sus hijos consigo en sus excursiones, les enseñó a montar a caballo y a pescar y les transmitió su amor por la naturaleza. La quiebra de la empresa que estaba a cargo del proyecto enturbió por un tiempo la atmósfera de una vida familiar dichosa, porque Ricardo Klement se vio obligado a buscar trabajo nuevamente y no siempre con éxito. Pero a partir de 1955 su felicidad debería haber sido perfecta: no solo obtuvo el cargo de administrador de un criadero de conejos; su mujer, que ya era

mayor de cuarenta años, dio a luz a un cuarto hijo. El pequeño “Hasi” era el orgullo de su padre. A nadie podría sorprender que Eichmann tuviera planes de construir una casa propia para su espléndida mujer, sus cuatro hijos, Fifi –la perra salchicha–, Rex –la pastora alemana–, el reloj de cucú y las pinturas de los Alpes.⁷ Y si no hubiera sido secuestrado por el Mossad, seguiría llevando hasta hoy la vida inofensiva de Ricardo Klement...

Esta historia conmovedora tenía una sola desventaja decisiva: si bien el nombre que figuraba en su pasaporte era el de Richard Klement, el nazi reformado amante de la naturaleza –ahora totalmente apolítico– nunca llegó a la Argentina. Eichmann no era hombre para una vida idílica. Para él, la guerra –su guerra– nunca había terminado. El teniente coronel de las escuadras de protección (SS) podría estar retirado, no así el nacionalsocialista fanático. Si bien ya no podía contar con el Estado totalitario en el que se podía asesinar a millones de seres humanos sin siquiera levantar la mano contra un individuo en particular, no era en absoluto un ser indefenso. Al atardecer, cuando terminadas las tareas y a cincuenta kilómetros de su familia, este cincuentón se sentaba en la galería del criadero de conejos con un vaso de vino tinto en la mano, ni siquiera el sonido del violín podía persuadirlo de que su vida era tan idílica como parecía. Se encontraba a treinta y cinco grados de latitud y allí no hay crepúsculo ni un largo atardecer, porque oscurece repentinamente y la noche es más oscura y poderosa que la del norte de Europa. En las horas de la noche comenzó a leer y a escribir. Pero no debemos imaginar esta tarea como algo apacible. No se trataba de un hombre mayor que disfrutaba feliz de la lectura; el pacífico criador de conejos se convertía en un ser que arrojaba los libros contra las paredes y podía llegar a desgarrarlos, que escribía interminables improperios e insultos cargados de agresividad en los márgenes de todos los libros y, como un poseído, llenaba montañas de papel con observaciones y comentarios. Escribía con tal violencia que los lápices se rompían; su voluntad de lucha no se había quebrantado. El combatiente que bregaba por una concepción del mundo no se había rendido y, de hecho, no estaba solo.

Mucho de lo que hoy sabemos sobre este período es producto de una circunstancia afortunada. En los dos últimos años han surgido, en múltiples archivos, documentos que hasta entonces no estaban a disposición de la investigación. Así pudieron reconstruirse por primera vez los *Argentinien-Papiere* [Apuntes de la Argentina], es decir, los escritos del propio

Eichmann en el exilio, así como las actas y grabaciones de las conversaciones que hasta el momento se conocían con el nombre –no muy adecuado– de *Entrevistas Sassen*. Son más de mil trescientas páginas que revelan la vida y el pensamiento de Eichmann antes de su detención. El primer intento de alcanzar una idea general y una interpretación debería ser también una invitación a ocuparse de esta fundamental fuente de información que ofreciera la posguerra sobre los crímenes contra la humanidad del nacionalsocialismo. No tardaron en hacerse visibles relaciones que no habían podido apreciarse antes. Pero hubo una realidad que se puso de manifiesto con claridad meridiana: Eichmann nunca quiso, ni siquiera como fugitivo, la oscuridad y el quehacer oculto. Quería ser visto también en la Argentina como el símbolo de una nueva era y así causar el mismo impacto que ya había causado alguna vez.

Quien busca la luz será visto. No hay duda de que las personas que tuvieron contacto con Eichmann después de 1945 eran mucho más numerosas de lo que se suponía. Quien siga a Eichmann en su camino a la clandestinidad y al exilio no solo encontrará investigadores y escuadrones de la muerte, sino fundamentalmente colaboradores, simpatizantes y también admiradores y amigos, que pudieron ocultarse durante mucho tiempo tras la mentira de que no habían conocido a Eichmann o de que solo habían tenido con él un contacto fugaz. Tal como Willem Sassen –propagandista bélico y voluntario holandés de las SS-Waffen [SS Armadas], el ala combatiente de las SS– pudo afirmar durante décadas que solo había sido el escritor fantasma de Eichmann. La mayoría negó haber tenido contacto con el criminal buscado. Hoy ya es imposible mantener esa afirmación. Los *Argentinien-Papiere* dejan incluso en claro quiénes querían establecer contacto con Eichmann para discutir con él sobre los tiempos pasados y en especial sobre planes políticos para el futuro. Eichmann no era un paria en la Argentina, con una existencia fracasada, tanto como Willem Sassen no era un periodista curioso ni Ludolf von Alvensleben, suboficial mayor de Himmler, un nacionalsocialista reformado. Porque a pesar de todos los intentos por ignorarlos había nazis en la Argentina que habían huido de la justicia de los aliados y se reorganizaron, porque querían algo más que comenzar una nueva vida tranquila. A la distancia y en la libertad del exilio, los hombres que rodeaban a Eichmann comentaban los acontecimientos en Alemania y en el mundo. Elaboraron ambiciosos planes subversivos,

construyeron con esmero una red de simpatizantes, se dedicaron incluso a falsificar documentos con el fin de defender su visión del glorioso nacionalsocialismo de los ataques de la realidad, y Adolf Eichmann es una figura central entre ellos. Seguro de sí mismo, comprometido y consultado como especialista acreditado por millones de asesinatos, como cuando era asesor de la *Reichssicherheitshauptamt* [Oficina Central de Seguridad del Reich].

“Eichmann en la Argentina” no es, por lo tanto, una pieza unipersonal, sino la crónica de la sorprendente segunda carrera de un teniente coronel retirado de las SS: su carrera como especialista en historia y, una vez más, experto en la “cuestión judía”. A pesar de sus esfuerzos posteriores por persuadir a todos de que el fin de la guerra había tenido el efecto de transformarlo y reformarlo, el análisis de su pensamiento y su vida social en la Argentina pone en evidencia una realidad muy diferente. Eichmann nunca quiso ser el inofensivo y pacífico Ricardo Klement, excepto cuando ocupó su celda en la prisión de Israel. En la Argentina, firmaba orgullosamente las dedicatorias de las fotos para sus camaradas como “Adolf Eichmann, teniente coronel retirado de las SS”.

No obstante, el Eichmann posterior a 1945 es mucho más que una cuestión argentina. En la República Federal de Alemania, el nombre también permanece en la memoria. Aun si no se quisiera saber nada, hay una multitud de declaraciones de testigos, suficientes artículos periodísticos y publicaciones sobre Eichmann que demuestran en qué medida los alemanes se interesaron por el nombre y por lo que este nombre significaba ya antes de 1960. Pero quien emprenda la búsqueda del “fenómeno Eichmann” también dispone de una fuente indirecta, cuya importancia debe tenerse en cuenta: los testimonios de sus víctimas y de sus perseguidores, pero sobre todo los de sus colegas y confidentes. Estos no podían olvidarlo, porque debían temer que él todavía se acordase de ellos tanto como ellos se acordaban de él. Quien hubiera conocido a este hombre o tan solo supiera quién era no quería ser atrapado a causa de los recuerdos de Eichmann. Los documentos del Servicio Secreto de los Estados Unidos, las listas de fugitivos más buscados y las escasas actas dadas a conocer por la fiscalía, la Oficina Federal de Protección de la Constitución y el Servicio Exterior de Alemania permiten hacer un primer esbozo de la importancia de Adolf Eichmann para la posguerra inmediata, especialmente en la joven República Federal de Alemania y también en Austria. Eichmann —o bien la imagen

que se tenía de él— se fue convirtiendo cada vez más en un factor político. El testigo principal de los crímenes de lesa humanidad amenazaba, con su mera supervivencia, el esfuerzo por superar el pasado desterrándolo de la memoria. La realidad de que Eichmann, ni siquiera en la Argentina, quisiera llevar una vida reservada ni mantener un perfil bajo y llegara a escribirle una carta abierta al canciller Konrad Adenauer lo transformó por último en un factor de riesgo. ¿Era posible desear que este hombre, que tanto sabía, hablase, en especial, en la República Federal?

Todo esto hace de la búsqueda de Eichmann una historia mucho más complicada de lo que permiten suponer los relatos tan bien elaborados de amor, traición y muerte. No solo estaban las víctimas y los cazadores de nazis, que querían encontrar a toda costa al asesino de millones, o uno u otro gobierno, que participaba con mayor o menor habilidad en el proceso. También había muchos que querían evitar a toda costa que al traer al hombre del exilio también volviera con él el pasado. Hacía falta mucho más que un hombre ciego, muy alerta, que reconociera en el novio de su hija al hijo de un criminal de lesa humanidad, para superar el deseo incontrolable de callar. La historia de Eichmann antes de Jerusalén es también la historia de una sucesión de oportunidades perdidas de atreverse a un comienzo verdaderamente nuevo, llevando a cabo al juicio en Alemania. Debemos ocuparnos de esta historia si queremos comprender con precisión en qué medida han perdurado más allá del fin de la guerra ciertas estructuras que era deseable y necesario superar con un nuevo Estado sin contar para ello con personajes nuevos. Resulta escandaloso que en agencias gubernamentales alemanas haya todavía hoy documentos sobre Eichmann inaccesibles para el público en general porque su contenido se considera peligroso para el bienestar del Estado. Aceptar a Adolf Eichmann, el teniente coronel retirado de las SS, como un capítulo de la República Federal de Alemania es un paso aún pendiente.

Desde la aparición en 1963 de *Eichmann en Jerusalén, Un estudio sobre la banalidad del mal*, todo trabajo sobre Eichmann es también un diálogo con Hannah Arendt.⁸ Esta mujer judía procedente de Königsberg, que había estudiado filosofía con Martin Heidegger y Karl Jaspers hasta que el nacionalsocialismo la expulsó de Alemania, viajó a Jerusalén en 1961 para el proceso de Eichmann, porque quería lo que desea todo filósofo: comprender. Nadie comprende de manera inmediata, sino que

aporta su pensamiento tanto como su experiencia, es decir, su imagen del mundo de ayer. Hannah Arendt había leído por primera vez sobre Eichmann en los diarios en 1943 y dieciocho años más tarde se encontraba en la cima de su actividad de investigadora. Hannah Arendt describió en detalle lo que esperaba encontrar: el diabólico asesino de masas, de inteligencia superior, fascinante por su crueldad, como aparece en la gran literatura. “Era uno de los más inteligentes de toda la banda”, escribió en 1960. Quien se atreviera a comprenderlo estaría un decisivo paso más adelante en la comprensión de los crímenes del nacionalsocialismo. “La tentación es muy fuerte”.⁹

No fue Arendt, filósofa dotada de una gran capacidad de observación, la única que se sintió irritada cuando se encontró de hecho frente a Eichmann. Quien lea los primeros reportajes encontrará en casi todos los observadores del proceso, cualquiera fuese su origen, la misma impresión: Eichmann en Jerusalén era un personaje mezquino, carente del carisma que caracteriza nuestra enigmática visión de Satán. El teniente coronel de las SS, que había sembrado terror y espanto y era responsable de la muerte de millones, ahora embotaba la atención de los asistentes con sus oraciones interminables y sus peroratas sobre la obediencia debida y el juramento de lealtad a la bandera. ¿Ya debería haber despertado sospechas en 1961 un proceder tan efectivo? Las voces que dudaban lo hacían en tono muy bajo y no gozaban de popularidad. Pero sobre todo, contaban con acceso a información que los observadores del proceso no tenían: conocían, al menos en parte, los *Argentinien-Papiere*.

En 1960, la investigación sobre el Holocausto se encontraba en sus inicios, la documentación era escasa y el deseo de enterarse de algo nuevo a través del acusado era mayor que la cautela. Hannah Arendt eligió el método de interpretación que había aprendido: la lectura repetida que permite acceder plenamente al que escribe y habla, con la presunción de que solo escribe y habla quien quiere ser comprendido. Nadie leyó las actas de los interrogatorios y el juicio con tanto detalle. Pero fue así que cayó en una trampa, porque Eichmann en Jerusalén no fue más que una máscara. Y si bien no logró darse cuenta, era sumamente consciente de que aún no había comprendido el fenómeno como hubiera querido.

No hay libro alguno sobre Eichmann, quizás ninguno sobre el nacionalsocialismo, que haya provocado tanto debate como *Eichmann en*

Jerusalén; logra así precisamente lo que los filósofos desde los tiempos de Sócrates han deseado más que ninguna otra cosa: la controversia en aras de la comprensión. Sin embargo, desde fines de los años setenta, la referencia a Hannah Arendt ha cobrado la función de un debate de distracción. Es imposible sustraerse a la impresión de que hace mucho tiempo que el tema dejó de ser “Eichmann”, de que preferimos hablar sobre el tono del debate y las teorías del mal a tener toda la información posible más fehacientemente que una pensadora en el año 1961. Algo decisivo ha cambiado: tenemos acceso a fuentes totalmente diferentes. En teoría, al menos.

Desde 1979, es posible acceder a gran parte de las llamadas *Entrevistas Sassen* y obtener así una visión de lo que no pudieron ver Hannah Arendt ni todos los demás observadores del juicio: *Adolf Eichmann, Historia de un asesino de masas*, charlando en el acogedor living de un amigo, rodeado de antiguos camaradas, residentes en la Argentina como él.

Sin embargo, resulta sorprendente que pocos se hayan dedicado al análisis de este caudal de información: se lo ha consultado de manera superficial e incidental, con una notable falta de curiosidad, aun cuando a partir de 1998 aparecieron también algunas de las grabaciones originales que demuestran lo que una lectura cuidadosa habría revelado: que lo sucedido en la Argentina fue más que la reunión, con una botella de whisky de por medio, entre un periodista en busca de una nota y un nazi despojado de su rango, para deleitarse en sus recuerdos comunes. Quien quisiera argumentar algo en contra de Hannah Arendt, en lugar de lamentarse por el éxito de su libro, habría podido encontrar aquí hace mucho tiempo los elementos necesarios. En cambio, repetimos la historia de Eichmann en Israel, nos referimos a las fechas que aporta, citamos una edición insostenible de una editorial adpta y dejamos en los archivos, bajo rótulos falsos, fuentes totalmente desconocidas sobre Eichmann que podrían poner a prueba incluso la legendaria resistencia a las sorpresas que caracteriza a los historiadores. Hay por lo menos una cosa que deberíamos aprender de Hannah Arendt: ante lo desconocido, volver a caer en la tentación.

Mi libro es, en primer lugar, un intento de presentar todo el material disponible y lo que dicho material presupone. Tan solo la historia de los *Argentinien-Papiere*, hoy repartidos entre varios archivos como un monstruoso rompecabezas de lo inescrutable, ofrece visiones insospechadas del

“fenómeno Eichmann” que justifican toda controversia. Con el fin de facilitar el avance y la formulación de preguntas ulteriores, este libro incluye también el camino de acceso a las fuentes, que se presentan aquí en detalle por primera vez.

Adolf Eichmann, Historia de un asesino de masas es también un diálogo con Hannah Arendt, y no solo porque mi interés en el tema comenzara hace muchos años con *Eichmann en Jerusalén*. Nuestra comprensión de la historia depende en tal medida del momento y las circunstancias en que se desarrolló, que es imposible descartar una perspectiva como la de Arendt. Es su coraje para emitir una opinión clara, aun corriendo el riesgo de que la intensa tarea realizada no fuera suficiente para llegar a un conocimiento pleno. En el caso del trabajo sobre Adolf Eichmann hay un aspecto más que debe considerarse. Una de las conclusiones más significativas que pueden extraerse de la investigación sobre Eichmann es que un ser humano no debe poseer necesariamente una inteligencia superior para inducir incluso a individuos de inteligencia extraordinaria a usar sus propias armas en contra de sí mismos, como son los deseos de ver cumplidas sus expectativas. Solo podremos reconocer este mecanismo si contamos con pensadores que se atrevan a manejar las expectativas y sus opiniones de modo tal que incluso el fracaso se vuelva transparente.

A quien escriba un libro como este solo le resta prevenir al lector, ya desde el comienzo, con las palabras que Hannah Arendt le dijo a una amiga cercana antes de volar a Jerusalén para el proceso de Eichmann: “Podría ser interesante, si no se tiene en cuenta que es tan espantoso”.¹⁰

Notas

¹ Carta a Karl Jaspers del 5 de febrero de 1961, Hannah Arendt, Karl Jaspers, *Briefwechsel*, Lotte Köhler y Hans Saner (eds.), Múnich, Zúrich, 1985, p. 459.

² Eichmann, 1962, en un cuestionario para la revista francesa *Paris Match*, BArch Koblenz AllProz 6, pp. 38, 252.

³ No conozco ninguna publicación sobre Eichmann en la que no aparezca esta afirmación en alguna variante. Yo misma la pronuncié hace siete años con plena convicción. Un ejemplo actual es el amplio estudio sobre el Servicio Exterior, Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes, Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, 2010, p. 604.

⁴ *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, Ámsterdam, 175, en las primeras oraciones de la segunda parte.

⁵ Poco después del fin de la guerra en 1945, se difundió una confusión sobre el nombre de pila de Eichmann que se mantiene hasta hoy. No obstante, su nombre es claramente comprobable. Aparece no solo en su certificado de nacimiento (BArch Koblenz AllProz 6, p. 236), sino también en documentos oficiales del tiempo del nacionalsocialismo, por ejemplo, en las actas de la *Rasse und Siedlungshauptamt* [Oficina Central de Raza y Asentamiento] (BDC [Berlin Document Center], BArch Berlín, RuSH-Akte Adolf Eichmann). La atribución del nombre "Karl" se produjo por una confusión con el nombre del padre de Eichmann, que no solo se encontraba en la guía telefónica de Linz sino también en los registros de afiliados del NSDAP. La confusión se mantuvo porque también en Israel se nombró a Eichmann con el nombre de su padre en una firma (Adolf, hijo de Karl Adolf Eichmann). Como era habitual en el caso del hijo mayor, Eichmann recibió el nombre de su abuelo por parte del padre.

⁶ *Meine Flucht* [Mi huida], p. 22, escrito en Israel en marzo de 1961. El texto, al que Eichmann quería titular *In einer Mainacht 1945* [En una noche de mayo de 1945], será citado de la copia mecanografiada según la paginación del manuscrito, BArch Koblenz AllProz 6, p. 247.

⁷ Quien considere que estos detalles son un embellecimiento literario, puede encontrar pruebas de ello en las fotos tomadas en la casa de Eichmann después de su secuestro el 6 de junio de 1960 y publicadas en varias revistas de la época; primero en *Stern*, el 26 de junio de 1960 y el 16 de julio de 1960. Otros detalles se desprenden de las cartas que Eichmann le escribió a su familia desde Israel. Copias en el Archivo del Estado de Israel y en BArch Koblenz AllProz 6, pp. 165, 248.

⁸ El libro apareció en 1963 en la edición inglesa en Nueva York y Londres. Inicialmente, los lectores alemanes solo pudieron leer escasas veinte páginas publicadas en el diario *Merkur* y los capítulos 2 y 3 resumidos por la redacción del diario. La primera edición alemana apareció en Múnich en 1964 como Piper Paperback número 35. En adelante, se citará esta edición.

⁹ Carta a Mary McCarthy del 20 de junio de 1960, Hannah Arendt, Mary McCarthy, *Im Vertrauen. Briefwechsel 1949-1975*, Carol Brightman (ed.), Múnich, Zúrich, 1995, p. 150.

¹⁰ Carta a Mary McCarthy del 20 de junio de 1960, op. cit., p. 150.

“Mi nombre se convirtió en un símbolo”

Me conocían en todas partes...
Eichmann a Sassen, 1957

Aún no sabemos cuándo tomó Eichmann la decisión de vivir en América del Sur, pero él mismo explicó por qué emigró a la Argentina: “Sabía que en esta ‘Tierra Prometida’ de América del Sur tenía amigos que esperaban poder ayudarme. Amigos a los que podía decirles orgullosa, abierta y libremente que soy Adolf Eichmann, ex teniente coronel de las SS”.¹

¿Decir orgullosa, abierta y libremente, que era Adolf Eichmann? ¡Vaya expectativa! Parece sencillamente grotesco —no solo en retrospectiva— que Eichmann creyera que era una posibilidad real. El nombre Eichmann es la encarnación del exterminio de los judíos por el nacionalsocialismo y el portador de dicho nombre estaba muy consciente de ello. Nadie se esfuerza tanto por vivir con nombres falsos en el extranjero a menos que sea necesario. Cuando Eichmann organizó su huida, tenía un muy buen motivo: era demasiado conocido como para poder permanecer oculto mucho tiempo.

Demasiadas eran las personas que lo conocían y sabían de su participación en la privación de derechos, la expulsión y el asesinato masivo. Si hoy ya no lo vemos tan claramente, es por el éxito sorprendente de la imagen que Eichmann pintó de sí mismo en Jerusalén. Tras su secuestro en 1960, hizo todo lo posible por presentarse en Israel como un asesor de segundo orden, una “pequeña rueda en el engranaje” del siniestro “Tercer Reich”, como un ser anónimo, que solo por un error, casualidades sin sentido y la cobardía de otros, se había “convertido en chivo emisario”, a pesar de ser solo un oficial menor desconocido, carente de toda influencia. Pero el mismo Eichmann sabía a la perfección que esta imagen era falsa. Su nombre no había sido conocido solo para un círculo muy limitado de personas ni se había vuelto un término familiar a causa del juicio. Por el con-